

## Pequeña historia de un lápiz

A monseñor Rafael María Carrasquilla, con veneración y gratitud

Allá por los años de 1858, por el risueño camino que va de Hatoviejo a Medellín, transítaban a pie una señora y un chiquillo de tres años, madre e hijo, que ajenos a la plácida hermosura de la mañana y a la exuberante vegetación del paisaje, tan sólo parecía preocuparles el fin de la jornada y así andaban a paso vivo, silenciosa la madre, doblegada por las preocupaciones de la pobreza y de la soledad; silencioso el chico, de natural callado y más en aquella ocasión en que por primera vez dejaba el techo pajizo de su casita para ir a conocer la ciudad capital, teniéndole absorto los menores detalles de aquella primera y sencilla peregrinación.

Llegados a la capital antioqueña, dióse la madre a prodigar al chicuelo esos cariñosos cuidados de guía en que son insuperables las madres; dábale instrucción objetiva sobre cuanto se presentaba a sus ojos y se dilatava en explicaciones que el niño oía absorto y embebido.

Recogió la madre sus costuras, compró sus menesteres de mercado y dio un centavito de regalo al chico para que discurriendo por la plaza, comprase la fruta o el dulce más apetitoso para que lo tomara a guisa de almuerzo. Cuando ya caía la tarde y desaparecido el mercado, preguntóle en qué había invertido el centavo; él, hundiendo la mano en el estrecho bolsillo del pequeño pantalón, sacó un lápiz, a la vista del cual resplandecieron sus ojos como ante el más halagüeño programa para el porvenir. Con aquella prenda querida volvió a la casita de Hatoviejo a pintar las letras del alfabeto

en los papelillos que venían de la tienda envolviendo la harina.

Aquel lápiz de centavo, tras largas vicisitudes fue trocado por la pluma: pluma que vertió en raudales la esencia de un alto espíritu, pluma que ensalzó a Cristo con ardor de apóstol, con ternura de hijo, con amor de místico amante. Pluma con la cual sirvió a su religión, a su patria y a su partido con irreductible valor y abnegación asombrosa. Pluma que al estampar una firma arreglaba una frontera para el país, que al escribir una frase destruía un sofisma antirreligioso o una paradoja política, que al escribir una carta de amistad no vertía tinta sino bálsamo suavísimo de consuelo y de voces de aliento y de palabras de esperanza para la persona a quien iba dirigida; pluma que convirtió en escudo para defender su honor y el de sus hijos; pluma que transformó en filamento luminoso para hacer luz sobre los actos de su vida y cuando ya el cansancio de los años y los avances de la enfermedad empezaron a hacerse sentir en ese cuerpo extenuado hasta lo increíble, dejó la pluma, la pluma material, y volvió a hacer sus apuntes, sus correcciones de tiras, sus papelitos lexicográficos con un lápiz.

En su modesta casa de habitación de la calle 15 de Bogotá acometió la enfermedad final a aquel chicuelo de Hatoviejo. Allí una tarde sintió el frío contacto de la mano de la muerte cuando daba los últimos retoques al tratado de límites con el Perú, en su carácter de Presidente de la Comisión Asesora del Ministerio de Relaciones Exteriores. Cambió la silla de su biblioteca por el lecho de la enfermedad que en breve espacio de días iba a ser su lecho de muerte y empezó a prepararse a

ella con la serenidad del convencido creyente que ve tras del rudo trance de unos momentos, toda la radiante lumbre de una eternidad de paz y de compensación. Hizose llevar a la cama las últimas pruebas de sus sueños. ¡El Sueño de la Justicia! Y allí, con un pedazo de lápiz, corregía e intercalaba frases y pensamientos, pulía períodos, limaba expresiones, hasta que la invasión de la fiebre empezó a empañar la luz de su mente y a doblegar su cuerpo. Guardó entonces su lápiz bajo la almohada, junto a su rosario, y empezaron para él esas largas horas de sopor y de inconsciencia que son preludeio del sueño definitivo. Allí, junto a su lecho, pasamos largas horas, con los ojos escrutadores fijos en su semblante.

Sus manos buscaban en ocasiones bajo la almohada las cuentas del rosario o el pedazo de lápiz. ¿En qué soñaba? ¿Quién pudiera decirlo? Pero a veces cuando entrecerrados los ojos, sonreía plácidamente, mientras sus dedos acariciaban el lápiz, pensábamos que su mente discurría por amenos parajes, allá por su casita de Bello, por el plácido camino a Medellín, que tal vez volvía su espíritu a gustar el placer de comprar su primer lápiz y que ahora se confundían en uno solo aquel con que escribió su primer signo con éste con que anotó su último Sueño.

Cuando a las pocas noches expiró, sus familiares recogieron su rosario y su lápiz. Los símbolos de su amor a su Dios y a su Patria que acompañaron hasta los umbrales de la eternidad a don Marco Fidel Suárez.

ROBERTO MORALES OLAYA



Universidad del  
Rosario

Archivo  
Histórico